

DOS DEMISIGLOS

ESTAMOS en el nuevo siglo. Recordaré lo que á fin de cada medio siglo hacían los aztecas y los hebreos.

Los aztecas, hoy los mejicanos, habían medido el curso aparente del sol y la luna tan bien ó mejor que nosotros. Daban al año 365 días y horas, y lo dividían en 18 meses de 20 días, á los que añadieron cinco complementarios.

De cada trece años hacían una indicción, de cada cuatro indicciones un demisiglo, de cada dos demisiglos un siglo de 104 años.

Al fin de cada medio siglo se preocupaban con el porvenir, porque creían que en uno se había de acabar nuestro linaje. He aquí lo que hacían.

Días antes blanqueaban sus templos y sus viviendas, sumergían en las aguas de sus lagos y sus acequias los dioses lares, las piedras del hogar y los metales, y concluían por apagar todos los fuegos.

Llegado ya el último día, encerraban en las trojes á las mujeres embarazadas y les ponían una carátula de maguay para que no se volvieran fieras si la nueva lumbre no parecía. Hacían otro tanto con los niños y les impedían que se durmiesen para que no se convirtieran en ratones.

Al cerrar la noche, hacían una imponente ceremonia, que tenía por objeto encender pública y solemnemente fuego. Si lograban encenderlo, creían asegurado el mundo por otros cincuenta y dos años; si no lo conseguían, lo consideraban condenado á extinguirse en las tinieblas.

Iban en procesión al cerro Vixachtecatl, por otro nombre Vixachtlan que dista dos leguas de Méjico y está en los términos de Coahuacan é Itzlapalapa. Delante iban los sacerdotes, todos con los trajes y los ornamentos de sus respectivos ídolos, que no parecían sino los propios dioses: detrás un gentío inmenso.

Caminaban todos lentamente, en silencio, confundidos con la sombra de la noche. A lo alto del cerro subían sólo los sacerdotes y un prisionero de guerra. Observaban allí los cielos, y cuando veían caer verticalmente sobre la cumbre las Pleyadas, tendían de espaldas al cautivo y encendían sobre su pecho, con los dos palillos que al efecto empleaban, el anhelado fuego.

No bien éste surgía, estallaban en todas partes alaridos de júbilo: en las azoteas de la ciudad, en la vega y en los vecinos montes, cubiertos todos de innumerables gentes.

En tanto un sacerdote, el del barrio de Copolco, abría el pecho de la derribada víctima, le arrancaba el corazón y lo ponía en el naciente fuego. A la hoguera arrojaba después todo el cadáver.

De aquel fuego corrían á encender teas como hachas enviados de todos los pueblos; y de aquel fuego participaban prontamente todos los

templos y todos los hogares: los vecinos de Méjico las llevaban ante todo á los altares del Dios de la Guerra.

¡Qué regocijos luego! Renovaban los aztecas todas sus joyas, sus muebles y sus vestidos, como si comenzaran una nueva vida. Cortaban cabezas de codornices. En cazoletas de barro quemaban incienso y esparcían el humo á los cuatro vientos. Al llegar á medio día, celebraban grandes fiestas, no sin sacrificios de hombres, ya cautivos ya esclavos; y á la media noche comían y bebían, después de un riguroso ayuno.

En esto concluía la fiesta, fiesta que llevaba el nombre de atadura de los años y era considerada como la renovación de un pacto de alianza con los dioses. Han querido ver en ella notables escritores cierta semejanza con el jubileo de los judíos, cosa por cierto no de estimar, ya que algunos han pretendido que fué una de las tribus de Israel la primera pobladora de América; mas yo no acierto á ver entre las dos fiestas semejanza alguna, como no sea la de celebrarse las dos en las lindes de dos medios siglos.

La fiesta de los mejicanos era puramente religiosa; la de los hebreos eminentemente social. De aquélla no resultaba beneficio para hombre alguno; de ésta resultaba la emancipación de los esclavos y la restitución de los bienes vendidos á los vendedores. Eran sencillísimos é incruentos en ésta los ritos—el toque de bocina y la prohibición de segar en todo el año lo que de suyo produjera la tierra;— en aquélla cruentos y complicados.

Permítaseme ahora que hable especialmente del jubileo de los judíos. Revela un régimen social completamente distinto del nuestro, un régimen como el que hoy proponen y encarecen muchas escuelas económicas. La tierra, según el Levítico, es de Dios: los hombres la poseen sólo á título de colonos. Puede el colono enagenarla; pero á condición de retrotraerla el año del jubileo. ¿La vende seis, ocho, diez, veinte ó veinticinco años después del jubileo último? Cobra por los años que le restan de usufructo, no por los cincuenta.

Otro tanto dispone el Levítico respecto á la esclavitud, antigua entre los hebreos, ya que la había en los tiempos de Abraham. Hace durar sólo hasta el año del jubileo la de los israelitas; perpétuamente la de los extranjeros.

No había nada parecido en la atadura de los años de los aztecas. Los esclavos no sólo permanecían en la esclavitud, sino que también podían ser y eran sacrificados en aras de los dioses. La tierra tampoco cambiaba de manos ni sufría mudanza.

No es apetecible la restauración del jubileo de los aztecas; pero sí la del de los israelitas. Si lo hubiera, se verificaría en el mundo la mayor de las revoluciones. La propiedad desaparecería; sólo á la posesión temporal de la tierra podría aspirar al hombre.

FRANCISCO PI Y MARGALL



PEDREGAL. — Cuadro de MODESTO URGELL.

Única medalla de oro concedida á pintores españoles en la Exposición de Bruselas de 1896.

SALÓN PARÉS. — Primera Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña.

MIL PESETAS

ERAN tres, unidos como tres hermanos; marido y mujer, y un amigo... Malas lenguas decían... pero no hay que hacer caso á las malas lenguas. En Madrid, en cuanto ven á un hombre dándole un abrazo á una mujer, ya dicen que están en relaciones.

Pues eran los tres que digo, algo así como la Divina Providencia. Tres personas distintas... y un solo amor verdadero.

Casilda y Timoteo no podían vivir sin Teodoro; y Teodoro no podía vivir sin ellos.

Iban juntos á paseo, juntos al teatro, juntos á los veraneos, juntos á todas partes.

Y como Timoteo era hombre de posición desahogada y Teodoro no tenía un cuarto, las malas lenguas daban en decir... pero ya lo he dicho y lo repetiré mil veces, en Madrid coge usted á una mujer y á un hombre encerrados en un cuarto, en una casa que no es la suya, y ya está todo el mundo diciendo que hay *lio!*

Teodoro comía dos veces por semana en casa del joven matrimonio, y si se terciaba, tres veces; y hubo semanas en que empezó á comer el lunes y acabó el sábado.

¡Y Timoteo tan contento!

Hay hombres así... ¡No pueden vivir sin compañero!

Pues señor, cierto día en que Timoteo tenía que hacer unos pagos, echó sus cuentas y vió que no le salían; quiero decir que aquel mes había jugado á la Bolsa, había comprado unos muebles, había pagado unos picos y, en una palabra, que llamó á Teodoro y le habló de esta manera:

—Oye, Teodoro, no vayas á enojarte por lo que voy á decirte.

—Di lo que quieras.

—Repito que no lo tomes á mala parte...

—¡Explicáte hombre!

—Porque nada más lejos de mi ánimo que reclamarte nada, yo soy incapaz de una cosa así.

—¿Pero quieres decir ya de una vez lo que sea?

—Pues verás. Estoy muy apurado de dinero, y tengo que recordarte que me debes mil pesetas.

—¡Ah! ¡Ya!

—Ya sabes que no te las he pedido nunca... ¿no es verdad?

—Nunca, desde que me las prestaste, hace dos años.

—Bueno; conste que yo soy incapaz de echármelas de acreedor contigo. Pero es preciso, es indispensable que me las traigas mañana... ¿Me las traerás?

—Puedes contar con ellas.

—¡Ay, Teodoro! No sabes el peso que me quitas de encima.

—¡No faltaría más, hombre!

Timoteo le dió un abrazo, salieron del café (porque esto sucedía en el café de España), y se separaron, echando cada uno por su lado.

Teodoro se encaminó á su casa y escribió en un papelito:

—«Tengo que hablarte sin que se entere tu marido. Te espero en la puerta del Carmen esta tarde á las siete.»

Y, en efecto, á las siete en punto estaba la señora de Timoteo en la puerta del Carmen.

—¡Qué sucede!—exclamó al ver llegar á Teodoro.—No tardes en decirme lo que sea. ¿Se ha enterado de algo? Hace días que le veo serio, preocupado, de mal humor conmigo...

—No se trata de nada de eso, querida Casilda.

—¡Ay! Respiro.

—De lo que se trata es de que me saques de un apuro que no da espera. Necesito para mañana temprano mil pesetas. Excuso decirte que te las devolveré lo más pronto que pueda. Y lo que te ruego es que Timoteo no se entere de nada.

—Pierde cuidado; ¿comes en casa?

—Sí.

—Pues esta misma noche las tendrás.

—Bendita seas.

Casilda se fué corriendo á su casa, y en ella encontró á su marido muy contento.

—Hola, Casildita.

—Oye, Timoteito, me vas á dar un *chèque* para casa de tu banquero. Me he comprado, de *ocasión*, un abrigo precioso, y además tengo que pagar la cuenta de la costurera.

—¿Y cuánto necesitas?

—Mil pesetas.

—¡Ay Casilda, qué inoportuna eres! Yo no quería tocar el dinero que tengo en casa del banquero, y precisamente esta tarde he tenido que reclamarle á un amigo un pico que me debía... ¡las mujeres no conocen el valor del dinero, y luego vienen los apuros!

—Bueno, bueno; tú dame el *chèque* y arréglatelas como puedas.

—Voy allá; pero haz el favor de no pedirme dinero en mucho tiempo.

—Te lo prometo.

Al día siguiente, temprano, Casilda cobró el *chèque* y envió el dinero á su amigo.

A las doce en punto se presentó éste pidiendo de almorzar al matrimonio.

—Con muchísimo gusto,—dijo Timoteo.

—Tengo que hablarte sin que se entere tu mujer.

Pasaron al despacho, mientras Casilda ponía unas flores en la mesa; y Teodoro, con el acento solemne del que cumple un deber, dijo, sacando un billete de Banco del bolsillo:

—¡Ahí tienes tus mil pesetas!!

EUSEBIO BLASCO



TORMENTA. — Cuadro de MODESTO URGELL.

SALÓN PARÉS. — Primera Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña.

ELISEO MEIFRÉN



MARINA

22

ROMÁN RIBERA



EN EL CUARTO DE BANDERAS

Salón Ribera (Fernando VII, 59).